

1982

## Madariaga E Hispanoamerica

Ruben Benitez

*University of California, Los Angeles*

Follow this and additional works at: <http://digitalcommons.unl.edu/modlangspanish>



Part of the [Modern Languages Commons](#)

---

Benitez, Ruben, "Madariaga E Hispanoamerica" (1982). *Spanish Language and Literature*. 55.  
<http://digitalcommons.unl.edu/modlangspanish/55>

This Article is brought to you for free and open access by the Modern Languages and Literatures, Department of at DigitalCommons@University of Nebraska - Lincoln. It has been accepted for inclusion in Spanish Language and Literature by an authorized administrator of DigitalCommons@University of Nebraska - Lincoln.

## MADARIAGA E HISPANOAMERICA

RUBEN BENITEZ

*University of California, Los Angeles*

No es necesario demostrar el interés de Salvador de Madariaga por los problemas de los países de Hispanoamérica.<sup>1</sup> Evidencian ese interés libros tan vibrantes como la *Vida del muy magnífico Señor Don Cristóbal Colón* (Buenos Aires: Sudamericana, 1940; 1a ed. inglesa, London, 1938), *Hernán Cortés* (Buenos Aires: Sudamericana, 1943; 1a ed. inglesa, New York, 1941), el extenso estudio *Cuadro histórico de las Indias...* (Buenos Aires: Sudamericana, 1945; 1a ed. inglesa London, 1946) que precede a la biografía de *Bolívar* (México: Hermes, 1951; 1a ed. inglesa, London, 1951), los estudios políticos *Presente y porvenir de Hispanoamérica y otros ensayos* (Buenos Aires: Sudamericana, 1959), y *Latin America between the Eagle and the Bear* (New York: Praega, 1963); así como novelas de fondo histórico americano como *El corazón de piedra verde* (Buenos Aires: Sudamericana, 1945) y la sorprendente cantidad de artículos breves y de discursos sobre aspectos de la vida hispanoamericana difundidos por la prensa internacional.

Esos trabajos suscitaron desde su publicación apasionadas polémicas intelectuales. El Colón de Madariaga, astuto judío de ascendencia catalana, ofendió a los historiadores tradicionalistas; su Hernán Cortés, héroe estoico cuyo espíritu civilizador apenas se empañaba de crueldad y de codicia, fue rechazado por los intelectuales mexicanos opuestos a tal valoración; su Bolívar, ambicioso paladín de la reacción anti-española y pro-anglicana en las colonias, despertó las protestas de los historiadores venezolanos, coleccionadas luego en un grueso volumen.<sup>2</sup> Una reacción parecida, aunque más violenta aún y menos pensada, provocaron sus artículos políticos como *Castro*, *Latin America and the U.S.A.*

(México: Examen, 1961) en que se pide directamente la intervención armada de los Estados Unidos en defensa de la libertad cubana. Los dictadores hispanoamericanos de los últimos cuarenta años consideraron a Madariaga como enemigo casi personal.

Esas reacciones se explican en gran parte, como el mismo Madariaga lo observa, por un celoso sentimiento nacionalista exacerbado también por otros españoles ilustres como Miguel de Unamuno, Ortega y Gasset, y Américo Castro. Pero sólo en parte. Madariaga repite ciertas ideas básicas provocadoras de reacciones semejantes. Me propongo ahora analizar esas ideas que forman el cañamazo sobre el que se dibujan figuras y hechos de la historia hispanoamericana. Tal propósito constituye además un buen pretexto para volver a leer esa extraordinaria colección de libros de tan rica información como deleitoso estilo. Libros de estudio, sí, pero de apasionado estudio; las polémicas que generan me parecen la más digna repuesta a la vitalidad de sus ideas.

Madariaga, que procuró siempre ante los españoles el distanciamiento de un hombre europeo y por consiguiente universal, exalta curiosamente ante los americanos la hondura de su hispanismo radical. Los términos  *europeo*  y  *español*  resumen una contradicción básica, la misma que confiere a la actividad internacional de Madariaga su inconfundible sesgo. Madariaga introduce en el pragmatismo de las discusiones internacionales una elevada visión del destino europeo al mismo tiempo que procura llevar la política española a terrenos más reales y pragmáticos. No se trata de un planteamiento táctico; para Madariaga las necesidades prácticas de la vida moderna requieren cada vez más el cuidado de las más oscuras tendencias de la sangre y del espíritu. La contradicción entre vida material y vida espiritual es para él tan falsa como la contradicción individual entre cuerpo y espíritu o entre pasión e inteligencia. La  *idea vital*  de Madariaga, asentada en el fondo mismo de su personalidad, consiste en la superación de esas dicotomías. En el plano personal, el equilibrio entre vida espiritual y necesidades prácticas forma el centro ético al que tienden las dualidades psicológicas de Colón, de Hernán Cortés y hasta de Bolívar. No es extraño que Madariaga se replantee el valor del estoicismo de Cortés. La personalidad de Cortés se interpreta desde el siglo XVIII como ejemplo del estoicismo activo, en el que la  *naturaleza*  y la  *razón*  se asocian en un equilibrio que asegura el progreso de la civilización y el valor ejemplar de la historia. En el plano nacional, Madariaga procura indagar en la historia las

razones que han producido en España el desequilibrio entre las tendencias espiritualistas y el desarrollo de las técnicas. En este sentido, su actividad de historiador complementa la que hacia las mismas fechas y con parecido propósito realiza D. Américo Castro. En la realidad internacional, persigue Madariaga la asociación de las tendencias materialistas de las modernas sociedades de consumo con la defensa de los valores espirituales sobre los que se ha asentado la civilización europea. De allí la honda y trágica frustración que las *Memorias* de Madariaga nos transmiten. El equilibrio que se busca parece inalcanzable, al menos en el plano de la vida nacional a partir de la guerra civil y en el de la vida europea, sacudida por inminentes catástrofes. Es posible que Madariaga haya logrado personalmente ese equilibrio en su refugio de Locarno, en Suiza, y en el seno de su copiosísima biblioteca. El retiro estoico ha sido siempre el resultado de los fracasos del estoicismo activo. Un escritor del que poco se habla pero cuya actuación en el pensamiento español creo indudable, plantea en el siglo XVIII la problemática nacional española en términos parecidos a los de Madariaga. Me refiero a Cadalso en cuyas *Cartas Marruecas* se discute el modo de ser español en relación con las formas de vida europea; la posibilidad de integrar el mundo personal al mundo político mediante una concepción ética que acepte los postulados del naturalismo estoico; la oposición sólo aparente entre estoicismo pasivo y estoicismo activo. En su evaluación de la figura de Hernán Cortés, Madariaga debió encontrarse con las páginas centrales de las *Cartas* de Cadalso en que se exalta esa dimensión ética de su figura.

No resulta pues extraño que los libros de Madariaga generen polémicas. En la búsqueda de ese equilibrio, el escritor está en constante polémica con aspectos de su propio ser; en polémica con España y con su cultura; en polémica con Europa toda. Gigantesco molino generador de batallas; todas fueron lanzas para él.

Por consiguiente, las indagaciones históricas de Madariaga, como ocurre con las de Unamuno y aún las de Américo Castro, evidencian la casi imposibilidad del rastreo histórico objetivo. Así como Castro va a la historia movido por la necesidad de explicar las razones de la Guerra Civil de 1936,<sup>3</sup> Madariaga proyecta hacia el pasado histórico su propio presente en el que actúa, más que la desazón de la guerra, la frustración política ante el fracaso de su propia utopía.

Madariaga descubre en 1942 una fórmula de la que se sirve

también Américo Castro para explicar ambos las diferencias entre el modo de ser español y el modo europeo. El *español* (debe entenderse también el *portugués*, y el *hispanoamericano*) desarrolla los valores que Madariaga y Castro dominan *verticales*; mientras que los ingleses y norteamericanos se preocupan por los valores *horizontales* de la personalidad. La dimensión horizontal tiene que ver con la organización societaria, la economía, y el incremento de la vida material. Inglaterra, los Estados Unidos, y en general las naciones protestantes han aprendido a desarrollar esa dimensión en detrimento a veces de la personalidad del individuo. España en cambio tiende a despreciarla y se ahínca en cierta verticalidad de creencias y de aspiraciones ideales, con olvido de las realidades materiales y de la vida societaria. Hamlet es horizontal; vertical el Quijote. Ambos modos de vida pueden y deben complementarse para beneficio de una armonía internacional. Hacia esa complementación tiende la utopía de Madariaga. 'Esas ideas se asocian con el pensamiento de Castro. En el libro, *Iberoamérica*, que sólo parcialmente puede atribuírsele, Castro se refiere a esas dimensiones, con frases repetidas también en *La realidad histórica de España*, pero ahora aplicadas a la historia hispanoamericana: «Cuando la monarquía y la nobleza perdieron fuerza y prestigio; cuando el sentimiento religioso se atenuó y faltaron imperios que conquistar; los pueblos hispánicos de América se fragmentaron y se pusieron a vivir separadamente. No estaban unidos por intereses *horizontales* ni ligados a un trabajo común que hubiese creado en ellos lazos sólidos basados en realidades inmediatas y no sólo en creencias comunes.»' De modo que Castro y Madariaga coinciden en esa distinción central entre la *horizontalidad* anglosajona y la *verticalidad* hispánica. En otros aspectos, como en la valoración de los Reyes Católicos y del espíritu de la conquista, Castro y Madariaga diferirán significativamente.

Sobre esa base se establece entonces la utopía, que Madariaga mismo llama *Atlántida*: «Inglaterra y España deben contraer una alianza permanente llegando hasta federar su política extranjera sobre la base del bien común. Esta alianza devolvería Gibraltar a España, pero en cambio, a base de reciprocidad, daría a Inglaterra el uso no sólo de Gibraltar sino de todos los puertos e islas de España en caso de agresión contra la mancomunidad internacional libre de que sería Inglaterra el centro.» De inmediato, Madariaga confiere a los hispanoamericanos un importante papel en esa alianza internacional: «España es la madre patria de las naciones

americanas, a pesar del mal humor que la frase suele producir entre hispanoamericanos cuando la manejan y manosean los mentecatos. Lo que en España ocurre tiene siempre gran resonancia en Hispanoamérica. Una España retrógrada, al servicio de las fuerzas del mal, sería ganzúa para tales fuerzas en el continente americano. Basta una ojeada al mapa para demostrar los grandes efectos que sobre el continente americano tendría una unión política permanente entre Inglaterra y España. Es natural imaginar que llevaría como de la mano a un fuerte sistema atlántico apoyado en el cuadrilátero Gran Bretaña-Estados Unidos-Hispanoamérica-España-Portugal. Esta *Atlántida* absorbería fácilmente a Francia y al continente africano, y constituiría en la política y en la estrategia planetaria una ciudadela inexpugnable.»<sup>6</sup> Madariaga reconoce la seriedad de los obstáculos que es necesario remover para lograr la realización de esa utopía. Unos son los inherentes a la naturaleza misma de las potencias envueltas; aquellas tendencias *horizontales* y *verticales* de que se hablaba antes. Pero los más serios obstáculos son de índole histórica. A través de los siglos se ha ido creando un prejuicio anglosajón contra España, que se extiende en un prejuicio antihispanoamericano en los Estados Unidos y halla su réplica en las actitudes antianglicanas de los países hispánicos. Madariaga escribe en parte sus libros para *desfazer* tales prejuicios. Piensa sobre todo en un público inglés cuya opinión ha sido moldeada sobre el esquema de la *leyenda negra*. Hispanoamérica e Inglaterra han sido responsables por la creación de esa leyenda. No extraña que los libros de Madariaga sobre Hispanoamérica se publiquen en Buenos Aires o en México y se traduzcan de inmediato al inglés; a veces la traducción inglesa precede a la edición española o se publica simultáneamente. Algunos libros se conciben directamente en inglés, para el consumo sobre todo de los Estados Unidos, y destinados especialmente a los estudiantes universitarios norteamericanos, futuros delineadores de la política exterior de su país. Así ocurre con *Latin America between the Eagle and the Bear*, reducción muy simplista, casi *ad usum delphini*, de la historia actual hispanoamericana, que adquiere por momentos el carácter de una denuncia sobre la infiltración comunista en Hispanoamérica. En el *Cuadro histórico de las Indias*, publicado muy tempranamente en inglés, en dos volúmenes, Madariaga afirma en el prólogo de la edición española: «Esta obra se escribe para ser leída en Inglaterra, en Estados Unidos, y en las naciones hispánicas de América, amén de España.»<sup>7</sup> El ordenamiento es sumamente alec-

cionador. No sólo se trata de las cuatro columnas, o mejor dicho las dos columnas y sus hijuelas americanas, que sostenían aquella *Atlántida* fantásica, sino que se establece un escalamiento de prioridades en el cual España casi no cuenta. Se escribe para el público de los países del prejuicio, y no para el público español.

No es extraño que el padre Bartolomé de las Casas sea personaje central en la obra de Madariaga y actúe como contrafigura de Hernán Cortés. Madariaga oscila, en el tratamiento de de las Casas, entre una muy restringida aceptación de su crítica a aspectos de la conquista, una indignada protesta ante sus exageraciones a veces tan evidentes, y sobre todo el intento de convertir a de las Casas en testigo de la causa que el mismo de las Casas combate; Madariaga lo convierte así en la mejor prueba indirecta del espíritu religioso y humanitario de la conquista. Para ello utiliza datos; los compara con otros; del botón hace muestra; trae a colación un proceder que viene a cuento; improvisa un juego verbal; parece coincidir con la afirmación pero la niega en la ironía; en fin, maravilla con una esgrima intelectual sólo comparable a la usada por otro ilustre gallego, el padre Feijóo, contra ideas y prejuicios de los que la *leyenda negra* formaba también parte. El resultado es bastante efectivo: Madariaga logra mantener sin embargo el eje de la justicia en la consideración de la obra lascasiana, hasta el riesgo de dejar a veces en posición comprometida su propia opinión. Su mayor éxito consiste en demostrar la variedad y riqueza de la conquista, proceso en que pudieron darse simultáneamente la más extremada crueldad y el más alto humanitarismo.

Con parecidos recursos maneja Madariaga los datos sobre instituciones indígenas de carácter esclavista como la *mita* y la *economía*. En todos los casos destaca el propósito altruista de la Corona en cuanto al espíritu de la ley concierne; los responsables de la aplicación práctica de esa ley, hombres discolos y alejados de todo control oficial, desvirtúan a veces ese propósito. De ese modo, el espíritu de la conquista queda incólume aún cuando la realidad del proceso sea duro y sangriento para los países conquistados. Para Madariaga la conquista es movida sólo por intereses de carácter religioso o espiritual; los intereses materiales cuentan poco, al menos para los Reyes; y el oro que se busca dentro de ese propósito general no importa como riqueza sino por la grandeza que confiere.<sup>8</sup>

La dimensión de la personalidad española explica ese carácter

espiritual de la conquista; Madariaga utiliza con frecuencia la palabra *cruzada* para referirse a la acción de los Reyes Católicos contra los moros y los judíos en la Península, para explicar la actividad de los misioneros con respecto a los indios, y para definir su propia utopía sobre la futura alianza anglo-española. Este es el principal punto de separación entre el pensamiento de Madariaga y el de Castro; y aún entre el pensamiento de Madariaga y la apreciación que el liberalismo español hace, desde el siglo XIX, de la historia española. Madariaga exalta de tal modo la personalidad de los Reyes Católicos, en especial de Isabel, que cuando Menéndez Pidal concibe su *Historia de España* pide a Madariaga, según éste, la redacción de la monografía correspondiente a los Reyes Católicos.<sup>9</sup> El Descubrimiento de América, empresa que evidencia más el celo religioso de Isabel que la astucia política de Fernando, extiende el espíritu de cruzada más allá de la Península. En la España de los Reyes Católicos, afirma Madariaga, «no se consideraba la unidad política y cultural como fin esencial del Estado ni a nadie preocupaba. Lo esencial era la unidad de la fe.»<sup>10</sup> Cree Madariaga, con Castro, que la temprana integración racial y psicológica de cristianos, moros, y judíos, hace del español un europeo diferente. Piensa como Ganivet que el error histórico de España consistió en torcer su natural tendencia hacia el Africa y el mundo musulmán y seguir la dirección de la América recientemente descubierta. España puede utilizar su antigua experiencia para entender modernamente, mejor que el resto de Europa, la problemática del Africa y del Medio Oriente. El reconocimiento de tal integración no lleva a Madariaga a discutir el espíritu de casta representado por los Reyes Católicos y extendido a América.

La conquista es sólo la prolongación de una profesión de fe. Madariaga recuerda que los conquistadores de México llamaban *mezquitas* a los templos aborígenes según el testimonio de Bernal Díaz. Pero Madariaga, y también Castro, se estremecen ante la violencia del espíritu de *cruzada* cuando se trata de suprimir, en el ámbito europeo, la religión o la civilización de los árabes y judíos; pero en cambio disimulan esa violencia cuando las víctimas de tal espíritu son las religiones aborígenes de Hispanoamérica o las civilizaciones precolombinas. El *indio* no tiene para ellos el prestigio cultural del árabe. Madariaga atribuye a de las Casas la temprana idealización del indio utilizada luego por las tres grandes potencias navales europeas, Inglaterra, Francia, y Holanda como basamento de la *leyenda negra*. La religión católica en América suplanta horri-



bles y sangrientas religiones primitivas. Madariaga extrema la pintura de las ceremonias religiosas aztecas, en que se adora a ídolos monstruosos, verdaderas personificaciones del demonio. Se justifica así la entronización de imágenes cristianas en las aras destinadas a Quetzalcoatl y a los sacrificios humanos. Las páginas más estremecedoras de *Hernán Cortés* son las que contrastan esas ceremonias inhumanas con la dulce religión de Cristo. En la novela, *El corazón de piedra verde*, Xuchitl observa un oficio religioso en España y medita entonces: «Muchas veces había puesto en parangón los servicios religiosos de los cristianos y de los aztecas, hallando que la misa era un espectáculo tan hermoso y tan profundo que a su lado los ritos bárbaros y sanguinarios de sus antepasados se le antojaban casi inhumanos...Desde aquellas alturas donde en eterna serenidad moraba el Señor de luz y de amor, Xuchitl esperaba el maná de la paz, la luz de la razón, el amor de los seres, como un rocío que refrescara el corazón de los hombres de ambos mundos. Su corazón recordaba a Mezahualpilli, el precursor. ¡Cuánto le habría gustado /a él/ aquella ceremonia religiosa!»<sup>11</sup> Todavía se siente a Chateaubriand, padre del exotismo americano, en la descripción de este estado de ánimo inspirado en la dulzura y belleza del culto cristiano.

Los conquistadores españoles no sólo suplantán imágenes sino que también eliminan los rituales de la antropofagia. La ceremonia de la antropofagia, ya de por sí tan vívida en la animada crónica de Bernal Díaz que sirve de fuente a Madariaga, adquiere en el historiador novelista un hálito de estremecedora realidad. Cortés impide el diezmo humano establecido por los aztecas. La conquista elimina también, por lo menos en la ley, la esclavitud frecuente en la civilización indígena. Madariaga se afana en demostrar el antiesclavismo de la Corona. Las discusiones teológicas sobre la igualdad de los indios y sobre la diferencia entre indios y negros establecen las bases para un trato humanitario que impide la esclavitud. Reconoce Madariaga que la buena voluntad de teólogos y de gobernantes quedó anulada muchas veces por las realidades de la vida práctica y que muchas poblaciones indígenas padecieron no sólo el dominio personal de los conquistadores sino también la marca infamante del hierro esclavizador. Sin embargo, queda como resultado de la lectura de esas páginas escritas en defensa del espíritu de la conquista la idea de que los naturales deberían agradecer ese modo de liberación; el proceso civilizador iniciado con el descubrimiento supera la antropofagia, la idolatría, y la

esclavitud primitivas.

La realidad del mundo indígena ejerce sin embargo sobre Madariaga una fascinación parecida a la que ejerció sobre Hernán Cortés, y vence por momentos la menos matizada percepción puramente mental o ideológica. La gran capacidad evocadora del novelista anima las muchedumbres indígenas como si se diera vida a las figurillas de los códices. Las embajadas de Moctezuma, las escuadras coloridas de los batallones de indios, las mujeres y los niños que lloran en Cholula, la movediza y curiosa población siempre en las calles, proporcionan inusitada vida a la historia y contradicen a veces los esquemas ideales del historiador. Contribuye a ese efecto la extraordinaria expresividad de la prosa de Bernal Díaz engarzada en la de Madariaga sin desmedro una de la otra. Hernán Cortés logra de ese modo el grandioso escenario que su sobrevalorada figura requiere. La arquitectura monumental de los aztecas sirve para enmarcar las proporciones gigantescas del héroe; la plástica animación de los ídolos de piedra da realidad a las fuerzas demoníacas que se oponen a la fe. Los caudillos indígenas, en cambio, contrastan por su debilidad e incompetencia. No poseen una psicología distintiva. Moctezuma, convertido en un patético y ridículo personaje de *vaudeville*, con sus plumas y sus tejidos multicolores, se doblega ante Cortés más feminilmente que Marina. No parece ver Madariaga contradicción entre la crueldad adjudicada a las costumbres y esa debilidad esencial del aborigen.

La exaltación del espíritu de *cruzada* y de los valores hispánicos trasladados al nuevo mundo exige en parte el sacrificio del elemento indígena. Madariaga no comprende, a pesar de su interés por México y por las descripciones coloridas de su población aborigen, el esencial fenómeno del mestizaje. En sus *Memorias*, desarrolla entre burlas y veras una inquietante teoría de las razas que aparece ejemplificada desde muy temprano en los libros anteriores. Enuncia entonces, con respecto a las mezclas interraciales, lo que llama un *precepto equilibrado*: «Conviene mezclar dentro del color. No conviene mezclar allende las lindes del color.» Y explica luego: «Creo que la mezcla entre variedades distintas de blancos, amarillos, negros, conviene y tiende a mejorar la estirpe; en general, el anglo-francés, el ítalo-alemán, el hispano-sueco; como el sino-japonés, suelen dar de sí más que lo que aportan los progenitores. Y sospecho que la causa se debe a un factor relativamente sencillo. La voluntad y la inteligencia viven en la sangre. Al mezclarse dos sangres distintas, se establece entre ellas

un diálogo de las dos mentes y de los dos voluntades. Si las sangres difieren bastante para que haya diálogo, y no bastante para impedirlo por incomprensión mutua, este continuo dialogar, por fuerza, actuará como un estimulante, y tanto la inteligencia como la voluntad del híbrido saldrán agudizadas. Por la misma causa, si se mezclan dos sangres demasiado distintas o remotas, el diálogo morirá de incomprensión, se crearán tensiones síquicas peligrosas y la hibridación llevará al fracaso.»<sup>12</sup>

El mestizaje hispanoamericano no mezcla *dentro del color*. Por el contrario, va *allende las lindes del color* y combina frecuentemente sangres *distintas y remotas*. En algunos momentos, Madariaga parece aceptar el mestizaje como prototípico del ser español. Al final de *El corazón de piedra verde*, el niño nacido con más rasgos aztecas que españoles simbolizará la confluencia de sangres. Su nombre asocia lo visigótico, lo árabe, lo judío, y lo azteca: Manrique Ha Levy ben Omar Mezahualpilli. Sin embargo, cuando Madariaga, por alguna razón, se disgusta con un proceder hispanoamericano culpa siempre al fondo aborigen de la falta de fidelidad a España o a la causa de la razón o de la justicia. La independencia de los países de Hispanoamérica, que es para Madariaga como para Unamuno y Américo Castro sólo un episodio más del desmembramiento del poder central evidenciado también en la Península durante los comienzos del siglo XIX, le parece un típico acto de traición meztiza. Así como el conde Don Julián traicionó la causa nacional española al abrir las puertas a los árabes, los héroes de la Independencia traicionan la causa de la unidad hispánica en beneficio de los intereses de Inglaterra. Madariaga llama a los precursores de la independencia los *donjulianes*. Miranda, típico exponente de ese *donjulianismo* criollo, merece del historiador un tratamiento realmente despectivo. En su entrevista con el general inglés Abercromby, Miranda describe las aspiraciones de los blancos y de los negros de la Gran Colombia. Madariaga acota: «Ni una palabra sobre los mestizos—otro rasgo típico de la psicología mestiza, especialmente en hombre como Miranda, muy ligeramente mestizo.»<sup>13</sup> La constitución que Miranda propone a Pitt le parece obra maestra del espíritu mestizo: «La idea de injertar la tradición de Yupanqui y de Tupac Amarú a la tradición de la Magna Carta no podía germinar más que en un cerebro mestizo.»<sup>14</sup> Los valores negativos que Madariaga advierte en Bolívar y que tanto alarmaron a los venezolanos, derivan siempre de sus características psicológicas de mestizo. Para Madariaga,

Bolívar tiene el alma dividida entre las tendencias de las dos sangres opuestas; es un ejemplo anticipado de la hibridación peligrosa de que hablarán luego sus *Memorias*. Bolívar expresa esa división con su actitud solapada; nunca mira de frente. La paciencia casi indiferente con que aguarda los sucesos aparece también como «rasgo indio de su complejo carácter.»<sup>15</sup> Y concluye Madariaga: «Claro que en realidad era un blanco, pero los pequeños afluentes de sangre negra y de sangre india, que habían entrado en su familia, bastaban para darle acceso a las memorias colectivas y las reacciones naturales de las otras dos estirpes.»<sup>16</sup>

La difusión del comunismo en México coincide para Madariaga con la idealización del elemento indígena planteada teóricamente por Rusia y sus satélites y en parte aceptada por el programa de la revolución mexicana. La repugnancia ideológica al comunismo se asocia al desprecio por el mestizo en la páginas en que nos describe su visita al muralista Diego Rivera. Madariaga entrevista a Rivera no en un palacio azteca sino en la casa del pintor en Altavista, pero las figuraciones plásticas de Rivera que decoran barrocamente su vivienda se asocian inconscientemente con los ídolos adorados por los aztecas. Dice Madariaga: «Fui a verle una vez allá en Altavista donde habitaba en una casa, por cierto, de una fealdad monstruosa. Jamás volví. Nada se dijo en nuestra conversación que produjera en sí la impresión que me produjo, pero pocas veces he sentido mayor repulsión para con un ser humano. Ya la casa y el estudio me desagradaron sobremanera, y de mal en peor, terminé de pie con él en medio del estudio sin nada que decirle ni deseo de oírle. . . . Ahora que lo miro desde lejos, creo que lo que en Rivera me repugnaba era su carencia de amor. El rostro era feroz, y además le faltaba sinceridad, todo en huidas y escurriduras de anguila. . . . Sólo así era posible explicar sus sórdidas contradicciones. Un embajador yanqui, multimillonario...le pagó pingües honorarios para cubrir de frescos las paredes de la casa de Cortés en Cuernavaca—lo que Rivera aprovechó para despacharse a su gusto, pintando a Cortés como un enano jorobado y a los frailes como poco menos infames que meros bandidos. Bueno. Cedía al prejuicio nacional. Paciencia.»<sup>17</sup>

El Hernán Cortés de Madariaga y el de Diego Rivera quedan como los dos opuestos testimonios de un conflicto histórico aparentemente no resuelto y difícil de resolver si se continúa viendo la historia como la proyección de un espíritu mesiánico, de un espíritu de la raza, o de un espíritu de la lengua. La obra de

Madariaga es la expresión última del idealismo español que desde el siglo XIX percibe a Hispanoamérica como una prolongación de España, valiosa sólo en cuanto reproduce los valores abstractos de la hispanidad.

#### NOTAS

1. Este trabajo fue leído en el *Homenaje a Salvador de Madariaga*, 30 de abril de 1979, que organizó en la Universidad de California, Los Angeles, el profesor José Rubia Barcia. Participaron también el Consul español José Manuel Paz, Carrol B. Johnson, Carlos García Barrón, Gabriel Jackson, Joseph H. Silverman, y Michael Fawcett.
2. Victor Andrés Belaunde, et al., *Estudios sobre el «Bolívar» de Madariaga* (Caracas: Imprenta Nacional, 1967).
3. V. Mi *An Appraisal of the Immediate Past and Present en Américo Castro and the Meaning of Spanish Civilization* edited by José Rubia Barcia (California: University of California Press, 1976), págs. 239-241; reimpresso como «Américo Castro y el siglo XIX español,» en *Cuadernos Americanos*, 37 enero-febrero 1978), 146-47.
4. V. *España; ensayo de historia contemporánea* (Buenos Aires: Sudamericana, 1942), pág. 768 et passim.
5. *Iberoamérica, su presente y pasado* (New York: The Dryden Press, 1942), pág. 21.
6. *España...*, págs. 768-69.
7. *Cuadro histórico...*, pág. 25.
8. *Ibid*, pág. 449.
9. *Memorias, 1921-1936; amanecer sin mediodía* (Madrid: Espasa-Calpe, 1974), págs. 152-53.
10. *España...*, pág. 46.
11. *El corazón de piedra verde*, págs. 830-31.
12. *Memorias...*, pág. 102.
13. *Cuadro...*, págs. 876-77.
14. *Ibid.*, pág. 877.
15. *Bolívar*, pág. 167.
16. *Ibid.*, pág. 160.
17. *Memorias...*, págs. 235-36.